

RUMANIA, 75 AÑOS

POR

JORGE USCATESCU

El 1 de diciembre último, Rumania conmemoraba los 75 años desde que en la ciudad de Alba Iulia, Transilvania, cuna del pueblo daco-rumano, se unió con la Madre Patria, Rumania. Junto con el Antiguo Reino (formado por la unión de los Principados de Moldavia y Valaquia en 1859), Besarabia, Bucovina, también tierras irredentas, iban a formar parte de lo que, entre las dos guerras, se conoció como la Gran Rumania (*Romania Mare*).

La efeméride suscita en primer lugar una pregunta indispensable. ¿Cómo se presenta la Rumania de hoy, un país que llamara la atención de todo el mundo en los acontecimientos de diciembre del 89, para que luego aquella misma tensión atenta, se convirtiera en silencio de la opinión mundial o en una actitud muy injustamente despectiva, ante aquella solemne conmemoración? Un hecho que hubo de concentrar sin duda en las ceremonias solemnes del pasado mes de diciembre de 1993, la presencia del cuerpo y el corazón del pueblo rumano al celebrar tres cuartos de siglo desde su unidad definitiva.

Es ésta la ocasión para que la situación rumana merezca una nueva reflexión global, en la línea que hemos seguido en nuestro estudio sobre el Holocausto de la Revolución del 1989 publicado en enero de 1990 en la revista madrileña *Política exterior* y en la milanesa *Vita e Pensiero*. Los elementos de esta reflexión son ahora sin duda complejos y ensombrecidos por una situación, sobre todo económica y moral, muy deteriorada, donde se mezclan nostalgias, recriminaciones, enfrentamientos múltiples. Y sobre todo difíciles y falsas definiciones de la situación. En primer lugar, la

presencia en esta falsa y difícil definición, de lo que se viene en llamar habitualmente la *disidencia* rumana ante la larga dictadura comunista. Porque a la heroica y ahora en buena parte olvidada resistencia rumana en los años 50 sobre todo en los montes transilvanos, con miles y miles de combatientes sacrificados, siguió un largo periodo de letargo en la lucha donde, a diferencia de otros países del Este, en Rumania no se pudo hablar de *disidencia* intelectual, por el simple hecho de que en Rumania no había existido un partido comunista anterior a la ocupación militar soviética. Un proceso, éste, con amplios reflejos en la marcha de las cosas de ahora. Así como la disidencia intelectual rumana en los años de la tiranía y la desolación, era una falsa, deletérea disidencia, de igual modo la oposición, real o parlamentaria, es hoy una falsa y deletérea oposición, porque nada esencial la separa de los que gobiernan. Véase, por ejemplo, el perfil de los últimos candidatos a la Presidencia de la República rumana. Uno de ellos, el vencedor Iliescu, fue con respecto a Ceausescu, «mutatis mutandis», una especie de Milovan Djilas rumano cuya aventura durante los últimos años del «genio de los Cárpatos» merecerá ser aclarada. El otro, rector de la Universidad de Bucarest, Emil Constantinescu, fue hasta el último momento leal funcionario del partido en las tareas universitarias.

La falsa disidencia de ayer, alimenta ahora una falsa, débil y polémica cultura, mezcla de combate político y de desafueros personales, así que la transición estéril continua. El panorama es confuso y nada atrayente y nada esencial de cuanto ocurre tras las apariencias, logra ser captado por los corresponsales extranje-ros de prensa o «mass media». La noticia que dan del país y sus problemas es cualquier cosa menos noticia. Aparentemente, los protagonistas de cualquier noticia deberían ser los que se dicen protagonistas de una disidencia que realmente no existió, el gobierno, la oposición y la gran mayoría del pueblo rumano que es, en realidad, la *realidad* y la verdad del país. A la falsa disidencia proclamada retrospectivamente, corresponde ahora una falsa oposición en nada esencial distinta de la ideología gobernante. La

falsa disidencia de ayer, alimenta una falsa cultura, contaminada por una política de pobre contenido.

Por otra parte, oposición y gobierno, no logran enfrentarse con las dificultades inmensas de la situación. La corrupción se insinúa por todos los rincones de la política y de la economía. Pero lo más grave es el aislamiento del país. Terriblemente injusto el silencio y la displicencia con que Rumania y el pueblo rumano son considerados ahora por el extranjero. Lejos estamos de la exaltación de finales del mes de diciembre del 89. Y así llegamos a la palabra clave: el pueblo. La gran mayoría cada vez más silenciosa, paciente, sufrida, seria y moralmente sana. Todo un mundo social y moral tenso en la espera. Que ama a su Patria, desea trabajar y estar presente en el mundo y no puede. El protagonista del recuerdo de las fechas en que se realizó la Gran Rumania en un proceso orgánico que nada tuvo de «artificio diplomático», es este pueblo ahora silencioso y triste. El que mira con ansia hacia el Este pidiendo la integración de la Patria real, con la República de Moldavia, cuya tierra y habitantes siempre fueron rumanos. El pueblo rumano quiere vivir en paz con las minorías interiores, porque Rumania no tiene en su territorio nacionalidades distintas sino sólo minorías respetadas siempre en sus derechos, lo que hace de la situación rumana una situación atípica.

Por todo esto, quien estaba presente de veras en las celebraciones de Alba Iulia, capital espiritual de Transilvania, era el corazón de la mayoría del pueblo rumano. Allí los reyes Fernando I y María, los Unificadores de las tierras rumanas, recibían hace 75 años la corona de una Rumania por fin integrada en sus fronteras naturales. Momento común de referencia de toda una comunidad nacional. La efemérides nos determina ahora, en cierto modo, a definir lo que es, ahora mismo, Rumania. ¿Cuáles son las circunstancias específicas de este país en la hora actual del mundo? Al redescubrir textos de la primera mitad del siglo, debidos a la pluma y rigurosa investigación del gran geógrafo francés E. de Martonne, profesor de la Sorbona, se podrá sin duda atenuar, sino descartar la inmensa y en gran parte malévola ignorancia de Occidente en cuanto a Rumania y su posición en Europa. Entre 1897

y 1937, De Martonne hace numerosos viajes a Rumania. En 1902 y en 1907 sus dos doctorados en la Sorbona (en letras y ciencias), se basan en dos obras suyas importantes: «La Valachie: essai de monographie géographique» y «Recherches sur l'évolution morphologique des Alpes de Transylvanie». En 1931 publica en la Colección «Géographie universelle» dos volúmenes consagrados a la Europa central, de los cuales 140 páginas están consagradas a Rumania. A todo ello conviene agregar el texto de una conferencia de De Martonne sobre «la nueva Rumania y la nueva Europa».

Conviene actualizar los estudios, de profunda seriedad y conocimiento, del geógrafo francés, en un momento en que los constructores de la unidad definen a Rumania como *pais balcánico*, excluido por ahora de la integración en los nacientes organismos europeos. Los textos de De Martonne —escritos más o menos cuando el gran Ramón de Basterra publicaba su inolvidable «Obra de Trajano»— son perfectamente aplicables a la Rumania actual, aunque por ahora todavía desprovista de sus tierras de Besarabia, Bucovina del Norte, el territorio de Hertza y el Sur (Cuadrilátero) de la Dobrugea, a manos ucranianas y búlgaras, a pesar de la anulación del pacto Ribbentrop-Molotov y del Diktat germano italiano de Viena en el verano de 1940.

Para De Martonne, Rumania pertenece geográfica y culturalmente a la Europa central. Los montes que unen sus tierras no son los Balcanes sino los Cárpatos. Grande es el número de geógrafos, etnólogos y políticos que refrendan el punto de vista de De Martonne. Según De Martonne, la *fuera* de los rumanos consiste no solamente en su presencia masiva en su territorio, en una lengua igualmente hablada en estos territorios extensos, sino también en su «posición geográfica». «El rasgo esencial de la geografía física de Rumania (es) la presencia de los Cárpatos». La cultura, la espiritualidad y características antropológicas rumanas dependen históricamente de la «homogeneidad carpática» y «sub-carpática». La filosofía rumana de la cultura, representada especialmente por Lucian Blaga y Constantin Noica se fundará en esta realidad esencial y primordial. «Desde el punto de vista de la vida nacional, escribirá De Martonne, del pasado histórico y del porvenir, los

Cárpatos representan un elemento vital para Rumania». Son el eje de un *Estado bien equilibrado*, «cuyo centro de gravedad está precisamente allí donde están las fuentes mismas de la vida nacional».

Rumania, concluye de Martonne en 1937, a diferencia de Estados como Yugoslavia y Checoslovaquia, es, en cuanto Gran Rumania, un Estado esencialmente nacional, unitario, dotado de una lengua y una cultura unitarias, que han vencido adversidades históricas que mantenía durante siglos divididas tierras rumanas, habitadas por rumanos. Así, Rumania no «es un Estado nacido de la fantasía de los diplomáticos» sino «de algún modo el final lógico de una evolución». Sus fronteras son «casi ideales» por comprender la casi totalidad de la etnia rumana con ramificaciones en el Sur del Danubio o allende el Tisa (en plena Hungría), el Niester (la región de Transnistria con el 40 % población de lengua y tradición rumanas). «La geografía política, concluye De Martonne, en cierto modo, debe considerar (Rumania) como una de las formaciones más maravillosas (felices) de la nueva Europa». En la misma época, Isaiah Bowman, director de la Sociedad Americana de Geografía, escribía: «Los rumanos han podido conservar una homogeneidad, una solidaridad de cultura y tradición que no se encuentra en ningún otro lugar de los Balcanes, excluidos (aunque en grado mucho más pequeño) los griegos». La comunicación entre las varias provincias rumanas, algunas bajo dominio extranjero durante largo tiempo, ha sido constante. Concretamente el comercio entre Transilvania, Valaquia y Moldavia ha sido constante durante siglos. Una estadística de 1717 comprobaba que el 85 % del comercio exterior de Transilvania tenía lugar con Moldavia y Valaquia. Privilegios comerciales y aduaneros excepcionales entre estas tres provincias operan durante siglos. Ciudades transilvanas como Brasov, Sibiu, Caransebes, Bistritza, han sido especiales beneficiarias de estos privilegios de excepción. Aparte la comunión cultural profunda que ha sido constante desde la gestación del pueblo rumano.

Los protagonistas de la unidad europea han de completar su cultura política y considerar la singularidad rumana en lo que

tenga de peculiar, rompiendo los límites de un horizonte actual incierto, poco definido y en muchos aspectos y, a pesar de todo, sombrío.

A la conciencia europea nos hemos dirigido en múltiples ocasiones con el fin de dar a conocer la realidad rumana, en lo que tenga ella de peculiar y en muchos aspectos de trágico. Concretamente en un artículo publicado en el diario madrileño *El Mundo*, con el título «Yeltsin y la República de Moldavia» nos referíamos a un tema entonces, y desgraciadamente ahora, de actualidad, referente a Rumania. Perdura, decíamos entonces, una especie de cruel indiferencia en el mundo sobre muchos temas de imperiosa actualidad. Los reflectores de los medios de comunicación se apagan de repente y por mucho tiempo se mantienen alejados de estos temas y el gran olvido cubre de repente y por mucho tiempo, injustamente, hechos y acontecimientos de vital importancia. Deformación y vacío definen en su misma esencia lo que se ha venido en llamar universo de la comunicación.

Hace algún tiempo, el Presidente del Parlamento de la República de Moldavia, me invitaba a Chisinau para recordar una de las fechas más infames de la historia contemporánea. El pacto Ribbentrop-Molotov, que, entre muchos otros crímenes, cometía el de entregar a la Rusia soviética los territorios rumanos de Besarabia, el Norte de Bucovina y la región de Hertza. Poco tiempo después del Congreso de Chisinau, la República de Moldavia, como otros tantos países ocupados por la URSS, como los Países Bálticos, Georgia, proclamaba su independencia. El Gobierno de Bucarest reconocía casi instantáneamente esta independencia y establecía relaciones con esta república hermana de allende el Prut, poblada por una aplastante mayoría rumana, que había introducido un año antes el alfabeto latino y cuyas gentes hablan, sin variedad dialectal alguna, a la perfección, el idioma del gran poeta nacional Mihai Eminescu y que había dado a Rumania escritores y hombres de cultura de primer rango a través de los siglos. Ella había sido y es, en versos de Eminescu, «la dulce santa Besarabia». Porque la intensa rusificación y envíos de gentes a Siberia, iniciada por Stalin y continuada por sus sucesores ha hecho afor-

tunadamente en estas tierras menos estragos que en otros lugares, por ejemplo, en los Países Bálticos donde la colonización rusa ha sido extremada.

En estos años, varios Estados han reconocido la independencia de la República de Moldavia, habiendo obtenido incluso la famosa cláusula americana de la nación más favorecida, antes que la propia aún enclaustrada Rumania. La situación de los territorios rumanos ocupados en junio de 1940 y en 1945 definitivamente por Stalin, en los términos de pacto Ribbentrop-Molotov ahora anulado por los foros internacionales y cuya reparación se hace absolutamente necesaria, es ahora muy compleja. Cientos de miles de rumanos han sido llevados a Siberia de donde pocos han vuelto, durante los últimos cuarenta años. La reforma administrativa llevada a cabo por el ucraniano Krushov ha integrado el Norte y el Sur de Besarabia a Ucrania, cosa que generalmente se ignora. La pérdida del Sur significa el cierre de las Bocas del Danubio, acceso secular del Principado histórico de Moldavia al Mar Negro. La situación de la Bucovina del Norte y Hertza es aún más precaria. La rusificación (ucranización) ha sido allí más radical que en ninguna parte. Cernauti, capital histórica de la Bucovina rumana, centro universitario y artístico brillante rumano antes del 1945, es un ejemplo.

Allí los intelectuales rumanos de todo el mundo, convocados por la Sociedad de cultura y literatura y la Asociación cultural «Mihai Eminescu», han tenido en estos años varios Congresos. Se habla en ellos del «destino dramático de esta provincia rumana». Invitado a uno de estos *simposia*, hemos enviado un mensaje proclamando que «la reintegración espiritual, cultural y moral de la Bucovina del Norte y su capital histórica, rumana desde siglos y por siglos, constituye una necesidad de vida del Ser rumano entero. La mutilación forzada, en sacrificios humanos, lengua y cultura, con un proceso de cruel desnacionalización, se inscribe entre los crímenes contra la Humanidad y como tal debe ser denunciada ante la opinión mundial y reparada sin retrasos». El pueblo rumano no renuncia absolutamente, pese a su precaria y caótica situación actual, y acaso precisamente ahora, cuando su resurgir se

prepara en condiciones difíciles tras la experiencia comunista, a la cual Spengler definía proféticamente en 1917 como algo «vil, sin ideas y sin honor», no puede renunciar, repetimos, a su reintegración. Sería aceptar pura y simplemente, una grave mutilación.

En el silencio y sobre todo la monotonía informativa posterior a la caída confusa del comunismo y al depedazamiento del Imperio soviético, poco se ha sabido en estos años de la situación conflictiva de la minoría rumana de Transnistria, perteneciente a la República de Moldavia pero sometida a fuerte colonización rusa en los últimos cuarenta años. Las autoridades de Chisinau han protestado contra la autonomía de Transnistria al amparo del XIV Ejército ruso emplazado en la región e instrumento fiel de la política equívoca de Yeltsin, el antiguo Gauleiter de Ecatrinburgo, Sverdlovsk. En su día tuvimos que protestar públicamente contra la violencia rusa en esta región, al igual que protestaron manifestantes rumanos en Tiraspol, y las autoridades de la República de Moldavia. Los sostenedores occidentales de Yeltsin, desde Bush y Mitterrand hasta Clinton, poco habrán sabido de los atropellos rusos de Tiraspol, como poco quieren saber del pasado de Shevarnadze como jefe del KGB, apoyado firmemente por Occidente contra el Presidente electo de Georgia, ferviente luchador anticomunista en años difíciles, que terminaría «suicidándose». Pero está visto que el pasado de «cierta gente» poco pesa en los criterios éticos de la política de Occidente hacia el universo postcomunista.

Ahora, tres años después de haberse dado forma a estas reflexiones de alerta, un grupo de rumanos de Tiraspol son condenados (uno de ellos, Ilie Ilascu, a muerte) sin derecho de apelación, por un tribunal fantasma compuesto por rusos, por haber enarbolado en una manifestación pública la bandera rumana. Exactamente como en la era de Stalin. ¿Qué ocurre esta vez con los sagrados derechos del hombre? ¿Hay que silenciarlos en aras de la reverencia occidental ante el nuevo precario dueño de Moscú, Yeltsin, amigo ahora de Clinton y compañía?

* * *

Un capítulo aparte, y uno de los más importantes, ocupa en la situación actual específica de un país como Rumania, el puesto que tiene la religión y la fe cristiana en la vida de una nación que en una tradición de fe constante y viva ha tenido siempre el más firme apoyo, frente al destino que le ha deparado su peculiar situación geográfica y difícil aventura histórica. A lo largo de las reflexiones anteriores hemos aludido al papel que ha tenido la religión durante un trágico medio siglo de ocupación, ideología y deformación moral comunista. Pero el tema merece detenerse en él con cierto especial interés dado el papel preponderante que ha tenido y tiene la fe en el destino de un pueblo.

En nuestro libro *Europa Ausente* hablamos hace más de treinta años del factor religioso en la Europa Central y el Este ocupado por los comunistas. El papel de la religión no ha tenido una trayectoria unitaria en la resistencia de los pueblos del Este ante la opresión del comunismo ateo. Una ideología que practicaba un ateísmo militante, a pesar de ciertas *libertades* que las Constituciones comunistas proclamaban pero que en realidad no tenían ninguna aplicación. Donde más precaria ha demostrado ser —y se ven ahora mismo las consecuencias— la situación religiosa ha sido en la misma Rusia soviética. En este sentido, el papel de Lenin ha sido más feroz si cabe en la represión de la Iglesia que el del propio Stalin, el cual durante la guerra última con cierta habilidad apela a la colaboración de una Iglesia en parte activa, aunque siempre sometida, para luego volver al ateísmo puro agregando a ello la supresión de la Iglesia católica ucraniana de rito bizantino según un modelo que se impondrá en 1948 en condiciones trágicas en Rumania. Durante largos 70 años la presencia de la Iglesia en Rusia ha sido reducida a un papel mínimo y las nuevas generaciones se han ido apartando masivamente de la fe. Ello no ha impedido que grandes personalidades de la vida cultural rusa como Soljenitsin, proclamara su fe cristiana y su enraizamiento en los valores tradicionales. Durante la larga experiencia comunista el país que desempeña el papel preponderante es Polonia, donde el catolicismo es felizmente religión dominante. Stalin mismo tiene miedo ante la previsible resistencia religiosa

polaca y así se lo manifiesta a Churchill en Yalta y en Moscú, cuando el Premier británico le entrega el famoso papel con la consentida *satelización* de la Europa Oriental.

Diversos aspectos presenta la vida religiosa y su resistencia al comunismo en países de religión mixta como Hungría, Checoslovaquia, la Alemania Oriental, los Países Bálticos, la Moldavia Rumana, Rumania misma, Bulgaria y Yugoslavia. Nombres como los de los cardenales Midtzenty, Stepinac, Beran, Hossu, Slipij, cardenales ilustres que resisten heroicamente ante la embestida atea comunista permanecerán en una historia gloriosa de la Iglesia oriental durante un largo y trágico período. En plena modernidad, en la perspectiva de catástrofes planetarias que superan en intensidad la situación de decadencia del Imperio Romano durante la cual se instala en el mundo el cristianismo, en la Europa central y oriental la Iglesia vive una auténtica experiencia de catacumbas.

En esta perspectiva, la Iglesia rumana presenta una realidad y una experiencia peculiares. En primer lugar conviene recalcar que se trata de un país que históricamente recibe como comunidad latina inicial, un bautizo cristiano de tinte, lenguaje y estructura romana. El lenguaje eclesial rumano demuestra plenamente esta realidad inicial. Circunstancias históricas posteriores hacen con todo que la nación rumana, como algunas comunidades eslavas circundantes, se coloque en la esfera de influencia bizantina y su religión mayoritaria sea la ortodoxa. Hay con todo centros católicos de rito romano y en los últimos tres siglos presenta un auge nacional relevante la Iglesia católica rumana de rito bizantino en Transilvania. Este sector importante ha tenido un papel de relevancia en el proceso de autoconciencia moderna de la latinidad rumana, por cuanto la élite de la Iglesia uniata de Transilvania, en contacto permanente con Roma y Viena, ha contribuido de un modo decisivo en una formación unitaria de la nación rumana y a la plenitud de esta unidad realizada con la coronación de los reyes de Rumania en Alba Iulia en diciembre de 1918.

Con ocasión de la revolución de 1989, que significa el fin del comunismo en Rumania, publicábamos un estudio específico de la experiencia comunista en Rumania, en el cual dedicábamos al-

gunas páginas de síntesis a la religión en Rumania durante y después del «hiatus» histórico representado por la experiencia comunista y la ocupación militar soviética de este país (1). En aquella ocasión, después de un amplio análisis del proceso de liberación de Rumania del comunismo, dedicábamos algunas reflexiones, que consideramos actuales, sobre la situación de la Iglesia rumana y sobre la religión en Rumania en la perspectiva de aquel importante momento. «Una reflexión especial merece la situación de la Iglesia rumana bajo el comunismo, antes y durante la época de Ceausescu», escribíamos entonces. «Porque así, globalmente, es preciso presentar las cosas. Hace pocos días a la Televisión rumana, la única Televisión que ha hecho una revolución, el poeta Marin Sorescu, Premio Internacional de Poesía mística de la Fundación Rielo de Madrid (2), dijo: «Hoy ha llegado a su fin en Rumania la Segunda guerra mundial». Es verdad que más de una vez han sido los poetas los que han proclamado las grandes verdades políticas. En las cárceles rumanas los casos de conversión y de vivencias místicas y religiosas han sido espectaculares. Famoso entre todos ha sido el caso del hebreo rumano Steinhardt, convertido, después de su terrible experiencia en las cárceles comunistas, al cristianismo y devenido uno de los monjes rumanos cuyos escritos místicos constituyen un documento sin par de la vida religiosa de estos últimos años en Rumania. En este contexto conviene mostrar la vida de las instituciones rumanas tradicionales, la primera entre ellas de Iglesia. En 1948 el dirigente comunista del país Gheorghiu Dej, el terrible organizador del terror estalinista en Rumania con un régimen muchas veces mucho más abominable que el del mismo Ceausescu y cientos de miles de víctimas, entre el clero de las dos Iglesias importantes y de intelectuales, hombres de cultura y gran parte de la población urbana y rural, víctimas de la masiva confiscación de bienes y colectivización absoluta agrícola, introduce el modelo soviético

(1) Cfr. GEORGE USCATESCU, «Romania. Grandezza e Tragedia», en *Vita e Pensiero*, 3/1990, Milano, págs. 162-177.

(2) Sorescu es actualmente Ministro de Cultura en Rumania.

en la vida de una superviviente Iglesia rumana. Dej nombra Patriarca de la Iglesia ortodoxa rumana a un modesto cura de aldea viudo, Justinian Marina, que se hace rápidamente monje para llegar a la cúspide de la organización eclesiástica. Marina había ayudado a Dej durante la guerra cuando el dirigente comunista estuvo confinado por Antonescu en un campo de prisioneros políticos en la ciudad de Targu Jiu. En 1948, por orden de Stalin, y siguiendo lo que se había hecho en Ucrania, la Iglesia católica de rito bizantino (uniata) de Transilvania, compuesta por más de dos millones de fieles, es suprimida e integrada en la Iglesia ortodoxa obligatoriamente. Cinco obispos mueren en las cárceles y centenares de sacerdotes padecen graves condenas en cárceles, campos de trabajo y de concentración. El obispo que sobrevive, Julio Hossu, muere veinte años después en el monasterio de Caldarusani, cerca de Bucarest, después de haber sido nominado cardenal «in pectore» por el Papa Pablo VI. Hossu había sido un gran patriota y un gran e impecable prelado; portavoz del Consejo Dirigente de Alba Iulia en 1918, en el acto de Unión de Transilvania con Rumania.

La iglesia ortodoxa comprende un 80 % de los fieles rumanos. Tiene una fuerte tradición y sólidas raíces en el pueblo. La presión protestante, que había dividido al comienzo de la Edad moderna la comunidad húngara o checoboheemia en el Este de Europa, no pudo penetrar en absoluto en la comunidad rumana dividida en varias provincias y bajo Imperios distintos. En las últimas décadas el pensamiento teológico había hecho notables progresos en Rumania. Uno de los más grandes teólogos de la Iglesia Oriental, Dumitru Staniloae, que padeció cárcel bajo el comunismo pero que no cesó nunca en su labor creadora muy apreciada también por la teología occidental, católica y protestante, acaba de morir a la edad de 90 años. Las nuevas generaciones rumanas buscan en la fe su refugio. Durante la opresión comunista la fe cristiana se hace cada vez más viva, más real, con más acción en profundidad, pese a las concesiones a veces excesivas de la Jerarquía frente a las exigencias del Estado. Durante los triste años la vida monástica se intensifica. Centenares de jóvenes muchachas y mujeres

de la mejor sociedad rumana perseguida entran en los monasterios que tienen un auge sin precedentes. Centenares de sacerdotes padecen martirio y persecución pese a las concesiones de la Alta Jerarquía, de las cuales la Iglesia rumana ha hecho manifiesta «mea culpa» a partir de la Revolución del 89. En la Misa de Navidad del 89 el Patriarca rumano pidió perdón público en la catedral metropolitana de Bucarest llena absolutamente de fieles. Fue el precio de la tolerancia privilegiada que en lo material concedió el régimen de Ceausescu, a pesar de la destrucción de templos de valor histórico en la magna «renovación» urbanística de Bucarest llevada a cabo por el faraónico dictador. Ceausescu, militante ateo, había asistido años atrás al entierro religioso de su padre oficiado por tres obispos y treinta sacerdotes con la asistencia de la familia al completo del dictador y todo el gobierno. Las revistas teológicas, las publicaciones, los Institutos, las Facultades teológicas y los estudios bíblicos y de historia de la religión, la vida monástica, no sólo no fueron reducidos a la mínima expresión como en Rusia sino que tuvieron una especie de auge. Los monasterios de Moldavia han sido y son lugares de peregrinación intensa y focos de vida religiosa auténtica y de patriotismo.

Ceausescu morirá el día de Navidad. El pueblo rumano es un pueblo piadoso y ha lamentado esta triste coincidencia que no considera conforme a su manera de ser. Sin embargo, la muerte del Dictador, el pueblo la ha definido ya como «la muerte del Anticristo». Lo cierto es que los últimos años han sido años muy difíciles para el pueblo rumano. Las dificultades de la existencia, lejos de apartar a este pueblo, triste y bastante aislado del mundo, lo han acercado todavía más a la Iglesia y la vida religiosa. La Iglesia católica de rito bizantino (uniata) ha sido restaurada. Uno de sus obispos consagrado en la clandestinidad es ahora cardenal de la Iglesia de Roma. Sus Iglesias se están recuperando y sus comunidades de fieles se están reagrupando. Aunque en parte mínima, una grave injusticia histórica ha recibido, aunque tardía, una bienvenida reparación. Por otra parte, una importante corriente ecuménica se abre camino en la mentalidad religiosa del pueblo

rumano y de lo más ilustrado y abierto de su jerarquía. Entre las Iglesias del Este europeo seguramente es la Iglesia rumana, expresión de valor del pueblo y la cultura rumana orgullosos de su origen latino, la que más abierta está a un entendimiento ecuménico y eucarístico con Roma.